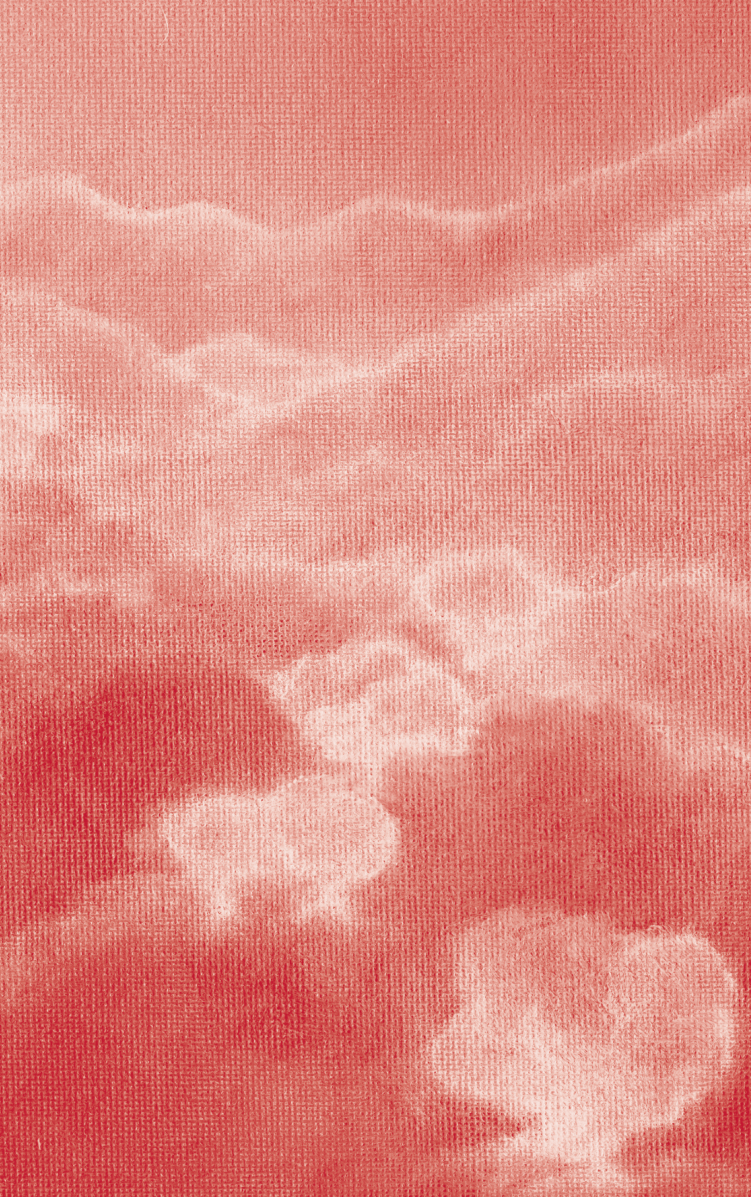


jesusa

el cuerpo usa corte, no vestido, no dolor
jesusa



COLECTIVA
**ACTORAS
DE CAMBIO**



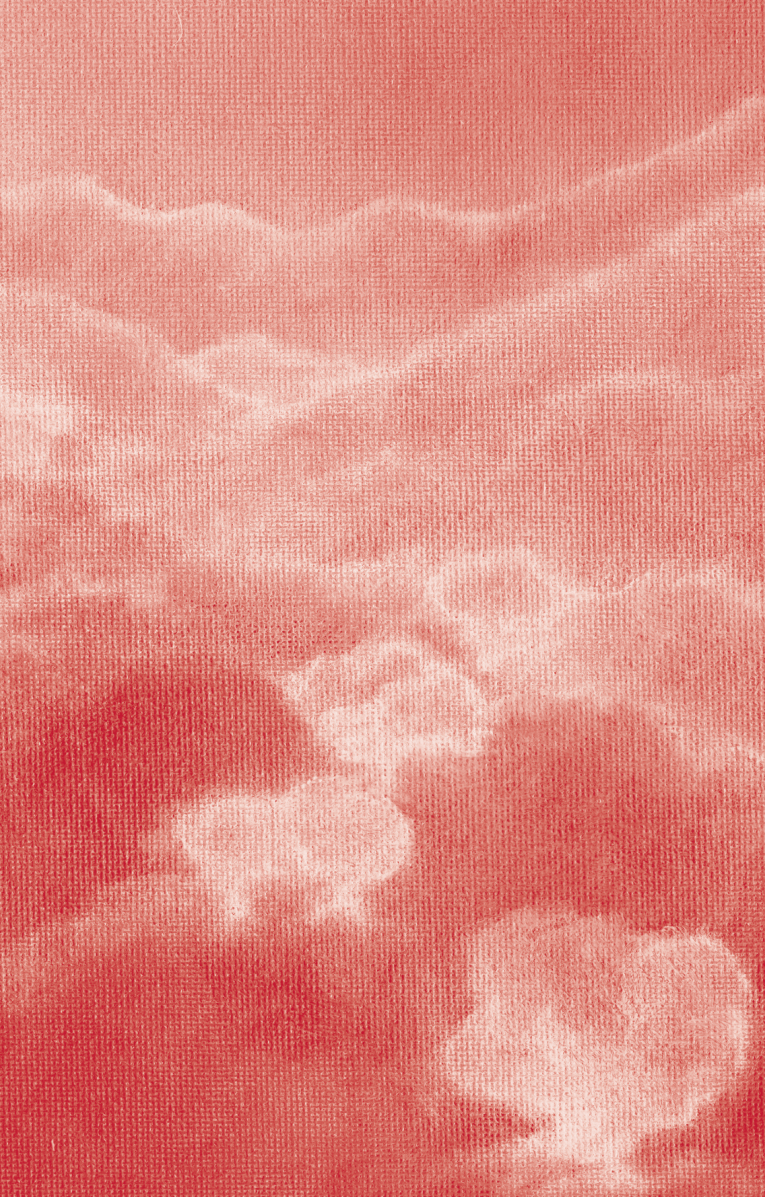
Estas nueve historias de vida se inscriben en un proceso de recuperación de la memoria en el que mujeres mayas decidieron romper el silencio y sanar las heridas dejadas por los crímenes sexuales cometidos sistemáticamente contra ellas durante la guerra. Sus historias fueron la base del libro “Tejidos que lleva el alma. Memoria de las mujeres mayas sobrevivientes de violación sexual durante el conflicto armado”.

A través de su voz, están convocando a la sociedad a conocer esta parte silenciada de la historia, a desarticular la guerra, el racismo y la violencia sexual de nuestras vidas, y escribir otra historia de dignidad, libertad y bienestar para todas las mujeres y la humanidad en su conjunto.

¡Gracias mujeres maravillosas por haber levantado la voz con tanta valentía, fuerza y dignidad!

¡Que sus voces sirvan de semilla para que algún día, no muy lejano, ya no le hagan daño ni a las niñas, ni a las mujeres!

**COLECTIVA
ACTORAS DE CAMBIO**



historias de vida
colectiva actoras de cambio

© colectiva actoras de cambio 2020
primera impresión 2011
segunda impresión 2020
coordinación amandine fulchiron
investigadora angélica lópez
transcriptora maría josé pérez
redacción maría josé pérez
edición chuy tinoco
diseño e ilustración laura sánchez cortés
impresión serviprensa

Gracias al apoyo de: **Fondation Pro Victimis**

Esta publicación puede ser empleada
acreditando a la **Colectiva Actoras de Cambio**,
a favor de nuestra vida y libertad como mujeres,
aquí y en todo el planeta.



el cuerpo usa corte, no vestido, no dolor

jesusa

En septiembre

Vivo en la aldea
El Limonar de
Jacaltenango. En mi
familia somos cinco
hermanas mujeres
y cuatro hombres.
Recuerdo que cuando
yo era pequeña salíamos
a pasear con mi familia el
día domingo de Semana
Santa y jugaba con mis
hermanas con juguetes
quebrados, porque no
había otros.

Como en mi casa no había agua, tenía que ir a lavar la ropa y a traer agua hasta el río con unas tinajas de barro, que comprábamos en Comitán. Tres o cuatro viajes hacíamos para que nos alcanzara el agua en la casa. Bien helada regresaba cuando terminaba de acarrear agua.

Íbamos al río con mis hermanas mayores. Era el mes de septiembre, y en ese tiempo la costumbre de la gente era diferente. Los muchachos esperaban a las muchachas en el monte y cuando ellas pasaban a traer agua, ellos salían para platicar con ellas. Pero las muchachas, lo que hacían, era que se quitaban corriendo porque no querían hablar con ellos; entonces a veces con el lazo de mecapal, agarraban de una vez a las muchachas para que se pararan a platicar con ellos, o si no, les quitaban su tinaja y se iban corriendo. Cuando les hacían eso a mis hermanas, ellas me dejaban atrás de una vez por perseguir al muchacho. A mí no me molestaban porque yo era chiquita. Así hacían los muchachos para buscar a su mujer, su novia como le dicen. Era la costumbre de la gente en ese tiempo, pero ahora ya cambió, ya no hacen así.

Ese maestro nos mandaba como si fuéramos sus mozos

En la aldea antes, había una escuela, en donde está el salón ahora. Bastantes niños iban a esa escuela. Los maestros que venían a enseñar no eran de aquí sino que se venían en moto a dar clases. Con ellos venía también una maestra que era joven y se llamaba Miriam. Ella le dio clases a mi hermano.

También yo fui a estudiar ahí, pero creo que cuando era niña no entendía muy bien. El profesor me pegaba en la escuela porque yo no podía hacer las letras; con un palo bien grueso me daba en la espalda.

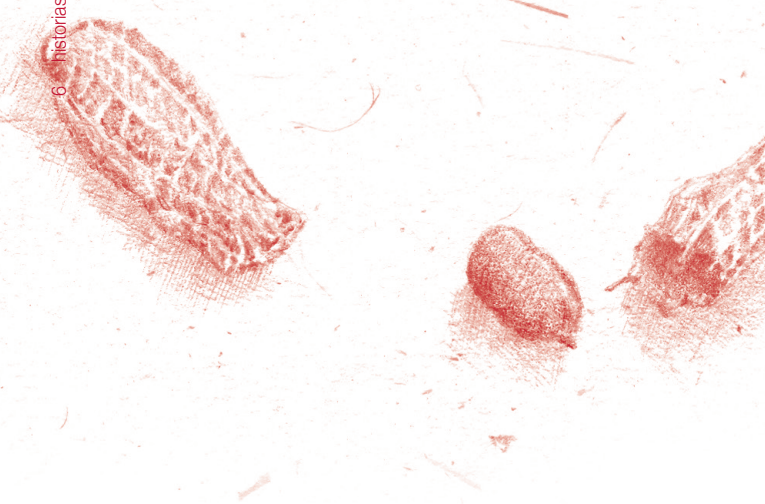
El maestro con el que yo recibía clases se llamaba Octavio, era un ladino de San Antonio. Lo que pasaba es que las clases eran sólo en español. A mí me daba mucho miedo cuando mi mamá me mandaba. Éramos cuatro compañeras a las que ese profesor chingaba mucho. Como él tomaba, siempre que estaba bolo nos ponía a barrer a todos los patojos, y cuando terminábamos, nos decía que echáramos la basura en el trapo que usábamos como bolsón. Y como no podíamos decir nada, echábamos la basura en donde metíamos nuestros cuadernos.

Otra cosa que hacía es que cuando era diez de mayo, traía regalos para que, obligadas, le compráramos a él. También obligaba a todos los alumnos a usar corbata y vestido para el quince de septiembre. Aunque nosotros éramos pobres, obligaba a las mamás de los alumnos a comprar la ropa y las cosas que traía a vender, porque no quería que nosotros usáramos nuestro corte, nuestro traje así; pero costaba comprar porque no tenía dinero la gente. A veces descalzos andaban los niños con su vestido puesto, daba pena. A mí, nunca me gustó andar con vestido porque era cortito, otras compañeras sí se lo pusieron y hasta les tomaron una foto.

Tenía hijos ese maestro también y nos mandaba a limpiar la bacínica en donde hacía popó su hijo. Nos mandaba como si fuéramos sus mozos. También llevó a encerrar a una alumna

ahí en un cuarto, cuando estaba tomado. Y saber qué pasó con ella... Esa señora que encerraron es una a la que les tomaron foto el quince de septiembre. ¡Bastante hizo él! No es nuestra obligación de hacer esas cosas.

Mejor me salí de la escuela. Ya estaba grande cuando salí y ya nunca regresé, porque siempre había problemas con mi papá. Problemas en la escuela y también en la casa... Entonces daba tristeza. Tal vez no era la forma de enseñar, digo yo. Por eso es que ya no seguí; mis otras compañeras salieron también. ¡Porque cómo nos chingaba ese profesor!



El trabajo y la casa

Después de eso, lo que hice fue quedarme en la casa, sólo trabajar adentro de la casa, cocinar, tortear y cocer la comida para mis hermanitos. Salía temprano, como a las cuatro de la mañana, a moler en un molino que quedaba cerquita de la casa. Antes no daba miedo salir a esa hora porque toda la gente salíamos temprano. Los esposos de las mujeres se iban a trabajar o sus hermanos se iban temprano al trabajo y ellas les mandaban su comida. Lo que sí no me gustaba era salir en la tarde, ir a otros lugares o a vender, porque no se venden las cosas, a veces sólo una, dos libras de manía o cualquier otra cosita se vende. Y también me daba miedo porque escuchábamos que había unos violadores en otro lado.

Cuando era niña sólo trabajaba, en la finca, en el campo, barriendo, lavando los platos, lavando la ropa, dando la comida a los animales, a los pollos, sólo eso. No me gustaba jugar porque me pegaban, porque me maltrataban. Por eso es que no me gustaba juntarme a jugar con los niños. Me daba miedo porque el maestro me pegaba un reglazo en la mano o en la espalda si estaba jugando; y mi papá no me pegaba, pero sí me regañaba.


Mi papá y mi mamá siempre peleaban, saber con qué salían ellos y después empezaba el pleito. Era mi papá el que comenzaba, estaba mi mamá contenta y empezaba él a veces a pelear en la noche. Nosotros no dormíamos en toda la noche, salía mi mamá de una vez, y salíamos con ella. Mi mamá era tímida, no platicaba mucho, pero él alegaba porque pensaba

que tenía queridos. Pero ella no salía. Mi papá no dejaba que saliera sólo por el celo que tenía. No la dejaba ir a comprar o a hacer un mandado. Mi mamá estaba ahí encerrada en la casa.

Una vez le pegó mi papá a mi mamá. Decía él a mis demás hermanos que no los quería, sólo a mí, porque sólo yo era su hija y mis demás hermanos no. A mí no me gustaba el carácter de mi papá, él decía que no quería estar junto con mi mamá, y como teníamos un poco de terreno, decía que quería hacer una casa y se llevó unos palos. Después, decía que ahí comía, decía que quería que sólo yo me fuera con él. Pero yo no fui porque me daba miedo, siempre he sido miedosa y como tampoco hizo la casa, nomás se llevó el palo. Nunca lo fui a ver.

No construyó la casa mi papá porque estaba enfermo del hígado; él no tomaba, nomás se hinchó su cuerpo. Éramos chiquitas cuando se murió mi papá, nos pusimos un poco tristes pero después pasó. Sólo un mi hermano, que es el primero, nos ayudó cuando él murió.

Cuando crecí nunca me arreglaba. Sola, así andaba yo, sola en el río, bajaba a traer agua y a lavar porque, como tenía bastantes hermanitos, tenía que lavar mucha ropa. Llevaba mi tinaja porque es escasa el agua en las casas, y el río queda un poco lejos; por eso, ahí, va la gente a lavar nixtamal en el río, ahí van a acarrear agua. Yo me la pasaba así, sin molestar, molestaban mis hermanas. A veces salían ellas y yo me quedaba en la casa con mi mamá, o cuando se iba mi mamá junto con mis hermanas a la fiesta de Nentón, yo me quedaba sola en la casa. No quería ir con ellas porque regresaban ya como a las diez de la noche.



Como quedaba solita en la casa, nunca me dormía, porque en la noche escuchaba a los bolos que bajan por la carretera. ¡Dios mío! Me dormía hasta que llegaban ellas.

Dolor de corazón

Ya habían pasado dos años desde que muriera mi papá. Mi hermana Soledad tenía un año de casada cuando pasó lo de la guerra. Nosotras mirábamos que pasaban los soldados, pero no sabíamos quiénes eran, nomás mirábamos que pasaban a veces, como a las cuatro de la mañana. Iban a pie a comprar tomate a Nentón, o saber qué. Después, ya nos daba miedo salir a esperar el carro, ¿qué tal si nos mataban los soldados? Porque a veces pasaban allí esos a los que les dicen guerrilleros, pero nosotros no conocíamos quiénes eran, sólo mirábamos que pasaban por allí.

Para la celebración de la fiesta de la iglesia, hacían una casita como salón, con palo, y lo tapaban con monte. Estaban tocando la marimba y celebrando cuando vinieron unos soldados bien grandotes que daban miedo. Rodearon la fiesta y hablaron anunciando que iba a haber guerra. Sabíamos que los soldados mataban en el camino. Así escuchamos en las noticias, que el gobierno de Guatemala mandaba a matar.

No estaba yo en la fiesta, pero estaba viendo, porque el salón lo hicieron cerca de mi casa. En eso estaban cuando tres señores que estaban bolos, no sé qué le dijeron a los soldados y se los llevaron. Saber a dónde los fueron a matar... Sólo un muchacho regresó después de unos meses y contó que lo tenían amarrado, así con cadena, los soldados cuidándolos mientras dormían. Pero en un descuido, un viejito con barba de color blanco, los encontró y les quitó la cadena.

Otro día nos invitaron a la celebración de la palabra los animadores, los que cantan y tocan la guitarra en la iglesia. Mi mamá tenía dolor de corazón porque tres días antes ya habían matado a gente en Nueva Catarina. Los soldados habían metido una bomba en una casa en donde estaban durmiendo una señora con sus hijos y ahí murieron. También nosotras con mi hermana sentimos una tristeza en el corazón porque estábamos trabajando en un terreno y miramos que estaban hincadas unas señoras, que parecía que eran de Chuc. Vimos que ahí estaban los soldados quemando a la gente, y que a los señores que estaban sembrando milpa en sus terrenos, los pasaron a matar los soldados. Así quemaron todas las casas, mataron bastantes, pero nosotros no nos quitamos de aquí, porque los señores de la comunidad dijeron que nosotros no teníamos delito; por eso no nos fuimos.

“Vamos a la celebración, no nos quedemos aquí”, dijo mi mamá y sólo un mi hermano se quedó durmiendo en la casa. Nosotros nos fuimos con mi mamá y mis hermanos chiquitos; la palabra se celebraba en una casa y no en la iglesia, porque éramos carismáticos. Eran como las ocho o nueve de la noche cuando

llegaron los soldados, mientras estábamos a media lectura de la palabra de dios. Rodearon la casa y dijeron: “¡que salgan todos los hombres!”, y salieron los señores. Sólo quedaron adentro las mujeres con los niños. También había unas personas de Inchuex que habían venido a sembrar milpa y fueron a participar en la celebración junto con nosotros.

Como diez o quince hombres eran los que estaban en la celebración. Nosotros no pensamos que les iban a hacer algo, pero los mataron. Mataron a todos los hombres, sólo dejaron que se persignaran y les dieron balazos. Yo pienso que tal vez los mataron porque hablaron la verdad. Como dice claro la Biblia, está escrito que nos matan por decir la verdad. Eso es lo que ellos explicaban de cómo es la palabra de dios.

Así se murió el esposo de mi hermana. Él estaba cantando la palabra de Dios con su guitarra, nadie sabía nada de lo que iba a pasar; ese día lo mataron junto con su hermano que era el papá de una señora que después se convirtió en mi cuñada. Una mi tía también fue muerta, porque salió huyendo con su hija para el río, adelante corrió su hija pero mi tía se cayó.

Otros que no alcanzaron a huir fueron unos de Concepción de Jacaltenango. Ellos venían a la aldea porque les prestaban terreno para sembrar su milpa y se quedaron posando en la casa de un señor. Cuando oyeron lo que estaba pasando, arrancaron la puerta y salieron huyendo. Pero los alcanzaron los disparos, ahí quedaron tirados cerca de la carretera; por eso todavía está su cruz en el camino. Los soldados mataron a muchas personas que estaban en sus casas.

Después de que sacaron a los hombres y los mataron, los soldados nos sacaron del pelo a mí, a mi hermana Francisca y a una vecina de mi hermana que se llamaba Dominga. Jaladas nos llevaron detrás de la casa. Esa señora tenía cuarenta días de que había tenido a su bebé y era esposa de un comisionado; “trabajó él”, les decía la señora a los soldados, pero ellos mandaban.

Como Francisca tenía cargada a su hijita de meses, vinieron los soldados, aventaron a mi sobrinita y violaron a mi hermana. Igual me violaron a mí aunque estaba viniendo mi regla y también a la otra señora. Tres soldados fueron los que me violaron, amenazándome con pistola cuando yo sólo tenía doce años. Mi mamá y otras personas estaban viendo cuando me violaron. Después de que terminaron de hacernos daño, nos encerraron en esa casa, le metieron fuego con cerillo y se fueron. Nosotras sentimos que nos moríamos cuando vimos que empezó a arder la casa. Rápido empezó la señora a jalar sus cosas y a ponerse la ropa y nos salimos.

Mi hermano, que se había quedado a dormir en la casa, tuvo que salir corriendo por la ventana cuando pasaron a matar los soldados. Se fue de una vez. Las balas entraron en nuestra casa pero no la quemaron, como hicieron con otras en donde murió quemada la gente.

Los soldados que hicieron eso eran muchos, un escuadrón grande, y había algunos que eran negros. Ellos no eran indígenas sino militares, usaban ropa militar y una camisa rosada de cuadritos, esos hombres tenían como veinticinco

o treinta años. El día en que ellos llegaron a atacar fue una fecha seis de enero.

Ya no sentía nada mi cuerpo. Estaba como muerto por el susto. Ya no me daba hambre, ni comía, ya nomás me andaba agachada. La gente ya no entendía qué hacer por los que mataron. Ya no lloraba por la tristeza. La gente parecía muda. Ahí fue cuando nosotros ya no tuvimos a dónde ir, ya no había a dónde salir.

Por lo que pasó, toda la gente se fue al refugio y la aldea quedó vacía. Solas se quedaron las casas, sus coches, sus cosas, su manía, los pollos, las gallinas, el maíz, el frijol; todo lo dejó la gente por el susto. ¿Acaso lo íbamos a llevar? ¿Acaso no nos da tristeza la gente a la que mataron y miedo a los que mataron a la gente? Todo lo dejamos y nos fuimos; unos a México y otros por otros lados.

Solita

Me entró el odio en mi corazón cuando nos fuimos de mi casa con un mi hermano que tenía diecisiete años y un mi primo, que ahora ya es difunto. Nos tuvimos que ir de una vez. Todavía mi mamá se quedó con un mi hermanito como de seis años, que lloraba. Le decía: “vamos, vamos”; él ya no quería estar ahí en mi casa porque le daba saber qué, pero mi mamá no se quiso ir por acompañar a mi otro hermano que se fue a ayudar a enterrar a la gente que mataron. Poquitos de los que se quedaron tenían todavía ánimo para hacer ese trabajo. Unos tenían miedo y



nomás dejaron ahí a los muertos, pero a otros les dio tristeza, por eso dijeron: “no los vamos a dejar así” y empezaron a enterrar. Ya era bien tarde y todavía faltaba por enterrar, por eso mejor le dijo él: “ándate, mamá, ándate, me voy a quedar, saber a qué hora voy a ir”. Entonces lo tuvo que dejar y se fue para La Laguna. En esa comunidad dice mi mamá que ya no mataron a la gente, porque ellos supieron antes lo que pasó con nosotros, y lograron salir. Cuando ella llegó, como a las siete de la noche, ya ni el cansancio sentía, no sentía nada porque solita con mi hermanito y su maleta. Dice que iba orando. No encontró a nadie, ya no había nada de gente.

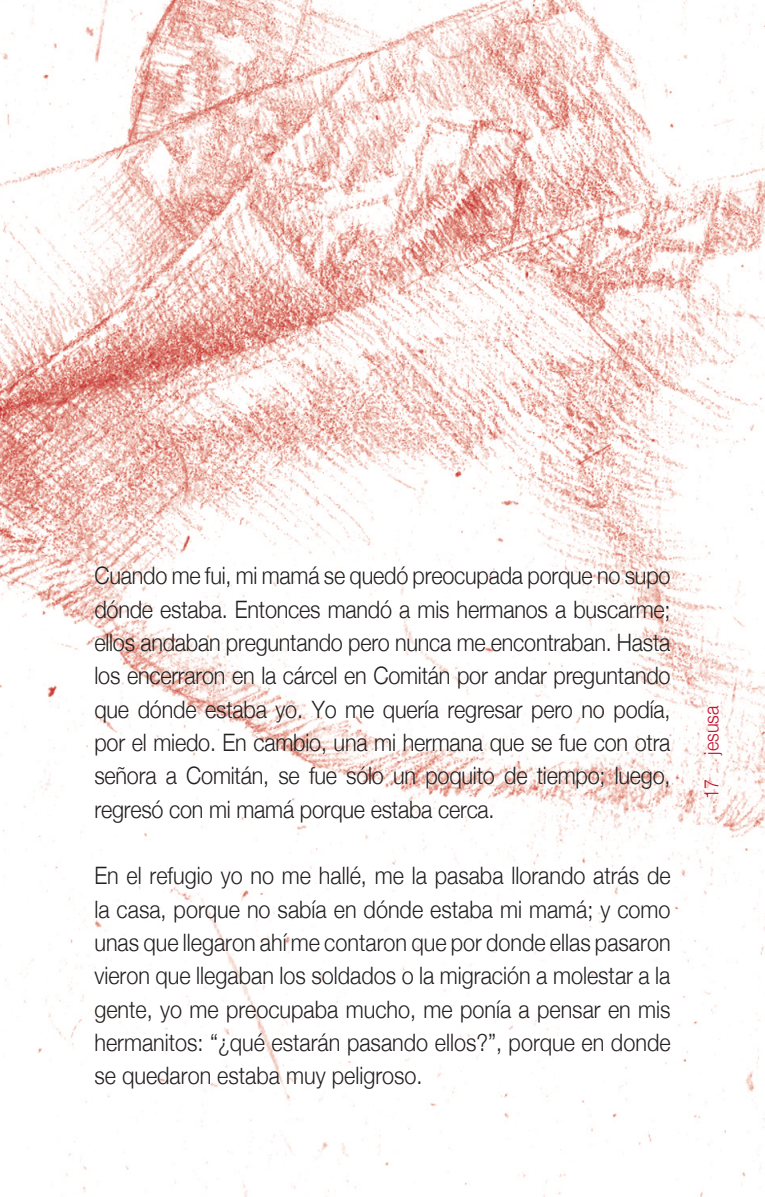
Nosotros ya habíamos salido primero, como a las diez de la mañana ese día. No sabíamos a dónde íbamos, pero huimos y llegamos a la Finca Dolores. Después llegaron mi mamá y mi hermano. Pero como él toma, a veces nos da mucho miedo de que salga, porque anda tomando y hay muchos soldados en el camino. ¡Vaya que no le hicieron nada a él!

Ahí estábamos cuando a los dos días llegaron unas señoras de Nuevo México a traernos. Ellas son familiares de un ingeniero que se casó con una señora en Aquispala y se quedó trabajando ahí. Vieron en la televisión la noticia de que había guerra en Guatemala, de que habían matado los soldados a mucha gente y de que había algunos que se estaban yendo para México. Por eso vinieron y nos dijeron que si queríamos ir con ellos.

Nosotros ya no queríamos estar en Dolores por el miedo. “¿Qué tal si llegan los soldados a matar?”, eso entraba en mi

mente. Mejor dejé a mi mamá, y me fui junto con un patojo de siete años, hijo de uno de los señores que mataron el día de la fiesta en el salón de la iglesia.

Estuvimos una semana en Aquispala. Cuando salimos de ahí, estaban los soldados, y me dijo la señora: “cambia tu traje, cambia tu corte, aquí hay un vestido. Ve, porque si no te lo quitas, no nos van a dejar pasar al otro lado”. No quería yo cambiarme, no me gustaba, pero como ya estaba allí, pues tuve que hacerlo. Me cambié de una vez adentro del carro, y ahí dejé mi traje. Después, fui a Tuxtla, y de ahí, me fueron a dejar a Nuevo México en la casa de la mamá de ese ingeniero. Quince años tenía yo cuando me fui con esa señora y duré cuatro años en ese lugar.



Cuando me fui, mi mamá se quedó preocupada porque no supo dónde estaba. Entonces mandó a mis hermanos a buscarme; ellos andaban preguntando pero nunca me encontraban. Hasta los encerraron en la cárcel en Comitán por andar preguntando que dónde estaba yo. Yo me quería regresar pero no podía, por el miedo. En cambio, una mi hermana que se fue con otra señora a Comitán, se fue sólo un poquito de tiempo; luego, regresó con mi mamá porque estaba cerca.

En el refugio yo no me hallé, me la pasaba llorando atrás de la casa, porque no sabía en dónde estaba mi mamá; y como unas que llegaron ahí me contaron que por donde ellas pasaron vieron que llegaban los soldados o la migración a molestar a la gente, yo me preocupaba mucho, me ponía a pensar en mis hermanitos: “¿qué estarán pasando ellos?”, porque en donde se quedaron estaba muy peligroso.

Me odiaba a mí misma. Tenía odio en mi corazón por todo lo que había pasado. Sólo llorando me la pasaba cada día, cada tarde. La señora me preguntó: “¿no te hicieron algo los soldados, te quitaron tu corte, te hicieron algo?”. “Sí”, le dije yo. Entonces ella me llevó a la clínica con un doctor, y me dieron una medicina como vitamina, que da dolor de cabeza. Lloraba también por la tristeza que me daba lo que me hicieron.

No sabía hablar castilla en ese tiempo, y no platicaba con la señora. Sólo me decía a veces: “haz esto, haz lo otro”, sólo esas palabras. Pero no me levantaba temprano. Ella cocinaba. A veces, cuando no estaba, yo hacía lo que sabía hacer, lo que no sabía hacer, ella lo hacía.

No me gustaba salir a ningún lado porque no conocía ese lugar, ni sabía cómo era la gente de ahí. La señora de la casa quería que fuera con ella para comprar mi ropa pero yo no quería, sólo ella iba a comprar mi ropa interior: “vamos a comprar tu vestido, vamos a escoger tu vestido, ven conmigo”, “escoge cuál es el que te gusta y te lo compramos”, me decía ella. Pero yo no quería porque pensaba que tenía que quitarme la ropa para probarme mi vestido nuevo, y como íbamos con un hijo de la señora que es muchacho, pues tenía yo vergüenza. A veces no me quedaba el vestido porque no me los probaba, me quedaban grandes o chiquitos y nunca los usaba. Por eso, a veces, mejor me daba ropa usada.

A mí me dolió mucho quitarme mi corte porque nunca usé vestido. Yo me siento bien de ser indígena, hablo mi idioma poptí. Por eso es que en México no me gustó quitarme mi traje.

Toda la gente que se fue en ese tiempo usaba siempre traje, no como ahora que ya usan de todo: corte, falda, pantalón o vestido. En ese tiempo, no había nada de eso, y ¡peor!, un día que llegó ese ingeniero, me contó que el traje que había dejado con ellos, ¡lo cortaron para hacer un adorno de su casa!

El ingeniero seguía viviendo con su mujer en Aquispala, sólo llegaba cada año a visitar a su mamá en diciembre. Él me contó que había visto a mi mamá en Aquispala, pero que mi mamá sólo pasaba y no preguntaba por mí. Es que ella no sabía hablar castilla, y por eso es que no sabía en dónde estaba yo. Sólo conocía que él nos había llevado, y él tampoco le decía a mi mamá en donde estaba.

Allá en Nuevo México, no nos mandaron a la escuela. Sólo nos quedamos a trabajar con la señora, yo en la casa y al patojo lo mandaban a hacer mandados. Cuando celebraban fiestas así como de cumpleaños, la señora nos llevaba, pero a mí no muy me gustaba, me daba mucho miedo. La señora de esa casa tampoco quería que tuviera amigas, porque un día llegó una su sobrina a la casa y me invitó a ir a una fiesta que había cerca de la casa: “¡vamos a bailar!”, me decía. Entonces la señora dijo: “no vas a salir con ella”, y como yo respetaba, contesté: “no voy a salir”.

Era bonito el modo del carácter de esa señora. Sí quería que saliera uno, pero con ella, no solita o con otra amiga. Quería ir atrás de uno. Una vez hubo una fiesta allí en esa colonia: “hija arréglate”, dijo, “ponte vestido, píntate, aquí están las pinturas”, pero yo no me pintaba. Me dio un par de zapatillas

altas que me había comprado y no podía andar yo con esas zapatillas. ¡Dios mío! No estaba acostumbrada a usarlas. Salí pues con la señora y ella me llevaba del brazo. “Que no se acerque conmigo ningún hombre”, le iba yo pidiendo a dios.

La señora tiene otro hijo que es maestro en Tuxtla, un señor que ya era grande, como de cuarenta años pero que nunca se casó. Cuando llegaba ese señor a visitar a su mamá, llevaba regalos para todos. Le llevaba al patojo, a su mamá y a otra muchacha que estaba en esa casa con nosotros. A mí me llevó un par de zapatos así bajitos, que sí podía usar, no como los que me había comprado la señora.

En ese tiempo, un muchacho me llegaba a hablar, pero yo supe que tenía esposa en La Laguna y le dije que no lo quería; entonces, de ver que no se pudo, se mató. También había otro joven que me quería y buscó a la señora para que me casara con él: “ella es muy buena gente”, decía, y pasaba por la casa. Pero yo no salía porque pensaba: “tal vez no puedo hablar español”. La señora ya nos había advertido que no habláramos con la gente que no conocíamos o que nos preguntara algo: “como no saben hablar bien, mejor yo voy a hablar”. No pude estar con ese muchacho porque tenía miedo a los hombres. Por el miedo, nunca tengo marido, ¿qué tal que nomás me miente y me dejan? Eso me meto en la cabeza, por eso no tengo marido.

Nosotros somos chiquitos y los ríos grandes

A pesar del tiempo que estuve allá, no me acostumbré. Hasta que un día llegó una señora de La Laguna, que era la mamá del patojo, porque ya sabía ella en donde estábamos viviendo. Ese día pensé: “si el patojo se va a regresar, yo me voy a quedar solita. ¿Qué tal si a mí me van a mandar a hacer el mandado? Mejor me voy de regreso”, porque si no, me iba a quedar como la otra muchacha que estaba en la casa, que se casó y se quedó ahí de una vez.

A las cuatro de la mañana llegó la señora a traernos, y le dije yo a la mamá del ingeniero: “me voy a ir con la señora, voy a regresar ahora a mi aldea”. Me contestó ella: “¿pero, por qué te vas a regresar?, ¿qué querés ir a hacer ahí? Si siguen matando a gente, ve, mira en la tele, mira en las noticias como siguen matando gente. Si se van, los van a matar a ustedes”, y se puso a llorar la señora. No quería que nos regresáramos y no nos pagó: “no tengo dinero”, nos dijo. Apenas diez pesos nos dieron. A las cinco de la mañana nos subimos en el bus porque en la carretera la señora tenía su carga. Todavía pasamos a la casa de otro hijo de la señora en Aquispala antes de llegar a la casa. Mi regreso fue en septiembre o en octubre del ochenta y seis.

Ya había regresado mi mamá aquí a la comunidad cuando yo volví. Como ella se quedó, iba y venía a refugiarse en Aquispala, porque a cada ratito los sacaban los soldados corriendo. Hasta mis hermanitos corrían cargando sus maletas, y también el hijo de mi hermana cargaba su maleta.

Así pasaban el río, aunque ellos eran chiquitos y los ríos son grandes. Después venían aquí y se iban otra vez, a veces dormían en el monte porque los perseguían los militares o los de migración. ¡Vaya que si yo no me hubiera ido con esa señora, tal vez me hubiera muerto!

Cuando estaban en el refugio Colón, dicen que no dormían en la noche por el miedo, y que cuando estaban haciendo sus casitas, pasaban los de migración quemándolas para que salieran. También la gente de la propia comunidad es egoísta. A mi hermana le dieron lámina porque era viuda. La gente puso la lámina donde caía mucha lluvia y había mucho lodo. Ahí se tenía que ir a dormir con sus hijos chiquitos.

Estando en Colón, mis hermanos se tuvieron que ir a trabajar cargando abono, tapiscando milpa, echando abono a la milpa o cortando. Ahí había mucha lluvia, mucho lodo y el lugar quedaba muy lejos para ganar dinero con los patrones. Mucho sufrieron. No podían estar tranquilos, ya no aguantaban más. Por eso mi mamá se cansó y dijo: “es mejor estar en mi casa, ni modo que estemos aquí también con el miedo de que nos maten”, y se regresó a la comunidad con mi hermana, a la que le habían matado el esposo, y con mis dos hermanitos chiquitos. Otros todavía se quedaron en el refugio como diez años más. Estando ya ahí, en la casa, los soldados obligaron a patrullar a mis dos hermanos pequeños, de doce y trece años. Eso fue obligado, no fue su voluntad, porque los militares ponen adelante a los patrulleros para el combate. Mi mamá se puso triste y no quería que patrullaran. Pero sí fueron obligados

a hacer rastreo. Mis otros hermanos se quedaron en Aquispala porque tenían miedo de los soldados que todavía pasaban a matar; con ellos se quedó una mi hermana de doce años para cuidarlos, para hacer su comida.

Regresé a la comunidad, pero todavía no había empezado la paz, como le dicen. Todavía estaban pasando muchos soldados todos los días detrás de la aldea, pero ya no entraron a matarnos. Pedían tortilla cuando veían que estábamos torteando, eso nos daba mucho miedo. También, como en el noventa y cinco, pasaban los compañeros¹ con miedo, pero nosotros ya no confiábamos en ellos porque todo lo querían regalado. Además, ellos también nos asustaban cuando pasan, porque igual llevaban armas y pasaban a molestar a los señores que estaban trabajando humildemente, sembrando, porque no querían participar con ellos. Tenían miedo de morir. A las dos cosas tenía uno miedo en ese tiempo, por eso es que se enfermaba del susto.

Ruido en la cabeza, odio en el cuerpo

En el tiempo que estuve en Nuevo México no me sentí enferma. Pero cuando venía en el bus de regreso empezó a moverse rápido mi ojo, me daba vueltas todo y vomité. Ya estaba en mi casa cuando empezó a dolerme la cabeza, llegó un dolor a mi vientre, sentí que me daba vueltas la cabeza y ya no quería caminar. Tenía como veinte años cuando comenzó ese dolor y

1. Integrantes de la guerrilla.

con el tiempo se fue agrandando. Desde entonces, no se me quita, me pongo nerviosa, siento que me va a pasar algo, que me van a hacer algo. Sólo llorar, llorar, es esa enfermedad. A veces, me desmayaba del dolor en mi cabeza, me sentía mareada y empezaba a escuchar ruidos en mi oído.

No me gusta que me toquen mi cuerpo, me da odio conmigo, no me gusto a mí misma, no me quiero. Tengo mucho odio en mi corazón por mi cuerpo. A veces me enojo conmigo misma porque cada vez que termina mi menstruación me sale un flujo amarillo como pus, y digo cosas como: “¿por qué dios me trajo al mundo?”. No me gusta cómo soy, no quiero nada de mi cuerpo, no sirvo para nada. Yo no tengo la culpa de que me haya pasado así y, ¿por qué tiene uno que casarse con un hombre? Si eso es feo. ¿Por qué hay que arreglar su comida o dormir con él? Eso no me gusta. ¡No me gusta que me toquen!

Poco a poquito empezó a volver la gente porque ya habían hecho la firma de la paz. Yo estaba en mi casa pero me daba vergüenza salir. Pensaba que la gente me iba a mirar o a hablar, porque tenía puesto vestido, entonces me volví a poner corte. Ahora la ropa que me pongo es blusa con corte, pero sólo uso blusas que tengan mangas porque no me gustan las que son escotadas; mis hermanas sí usan así. Con mangas son más difíciles de conseguir y tengo que mandarlas a traer con mi mamá, pero a mí no me gustan los escotes, porque siento que me veo fea y miro mi cuerpo, no me siento bien.

Mis hermanas me invitaron a la fiesta de Catarina. Yo no quería ir, pero ellas me llevaron. “¡Vamos!”, me dijeron. Nos fuimos, pero por esa enfermedad que yo tengo en mi cabeza, me molestaba ver pura ropa de color chillante, no me gustaba andar entre la gente, y me quedé sentada nomás llegué. En cambio, mis hermanas sí fueron a bailar.

Después pensé yo: “no está bien que me quede aquí, mejor me voy con ellas”, y me paré cerca de donde estaba la marimba. ¡Ay, Dios mío! Empecé a sentir como que adentro de mi cabeza estaban tocando la música y casi me caigo. En eso llegó un muchacho de Nentón que estaba bolo, a sacarme a bailar. No quería bailar pero me obligó, me jaló a la fuerza, pero ya no bailaba, nada más me jaloteaba; sólo aguanté dos piezas, y de ahí me salí porque tenía mucho miedo, temblaba mi corazón. Eso quedó en mi mente, por eso es que ya no me gusta entrar en donde hay fiesta.

En 2001 me llevaron, estaba yo bien enferma, ya no podía caminar, me daba vómito, diarrea. Estaba en la casa de Maritza cuando me enfermé. Ella me llevó al médico en la capital y ahí me dieron una medicina que eran como vitaminas. Eso me curó un tiempo pero después volvió. Cuando me decían que tenía que viajar a algún lugar ya no podía dormir en la noche, sólo de pensar en eso me daba miedo. Quería que alguien me acompañara, aunque fuera una niña que se fuera conmigo, para que así yo me sintiera mejor. No me gusta andar sola, aunque tal vez por mi edad, ya no me van a molestar los hombres en mi aldea. Pero como uno no conoce, no puede confiar en los hombres.

Si me invitaban a un lugar temblaba de nervios porque me daba mucha vergüenza. Tal vez hablen de mí porque no me casé. A veces, cuando estoy en mi casa, empezó a escuchar ruido como de radio descompuesto en mi oído; hay veces en que puedo dormir y otras que no, no me siento contenta, pienso que nunca se va a aliviar esta enfermedad.

Antes, yo tejía cintas. Hacía muchas, pero me pagaban sólo cinco quetzales por cada una y eso que se lleva tiempo hacerlas. Como estoy enferma, a veces parece que alguien está aquí y me habla una voz fuerte; o en la noche siento que alguien entra, me levanta de la cama y de una vez me deja caer. Pero no hay nadie. Es que lo de los nervios no se me quita, no se queda tranquila mi mente. A veces, no quiero pensar en la enfermedad, pero igual entra; es como vergüenza y susto. Cuando empiezo a sentir eso, me duele la garganta y me sale como una cosa blanca de la boca, me duele mi oído y mi estómago; también siento dolor en la cabeza, es como si fuera fuego ese dolor que me da.

Por eso, con el dinero que me pagaban de las cintas compraba mi medicina y ahí se iba todo. No podía ahorrar porque se gastaba en ir a las consultas y comprando, comprando medicinas, Cibral y Neurofortán. También me ponen inyecciones, para que se calme un poco y mejore mi cabeza.



Yo no pienso juntarme

Soy la única soltera de nueve hermanos, casi todos viven con sus familias en la comunidad; sólo dos no, mi hermano más pequeño que se fue para Estados Unidos y otro que se quedó de una vez en Aquispala. Ya nunca regresó, ni a visitar. Cuando regresé del refugio, mis hermanas ya estaban casadas. A unas las vinieron a pedir los muchachos; trajeron pan, café, leña y bolitas de pozol. Luego, se casaron por la iglesia, hicieron fiesta con marimba y todo; en cambio, otras de mis hermanas sólo se juntaron.

Mi mamá siempre está triste conmigo, porque se pone a pensar que como no me casé voy a estar solita, y antes así pensaba yo también: “¿cómo me voy a quedar cuando no esté mi mamá?, ¿qué voy a hacer cuando mi mamá se muera?” Pero ahora ya se quitó eso de mi mente, ya no quiero pensar, porque tal vez por eso es que vuelve la enfermedad.

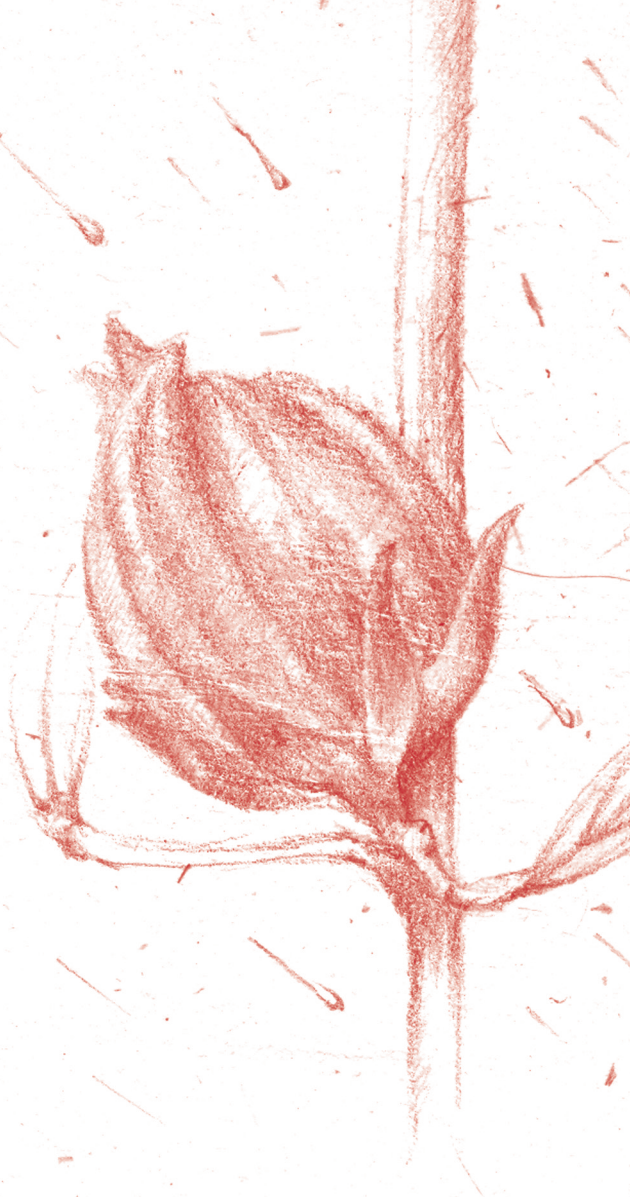
Yo no pienso juntarme. Ni pensaba cuando era pequeña, por los problemas que tienen las parejas, porque cuando se casan, los hombres les pegan a las mujeres o empiezan a tomar. Siempre hay pleitos entre ellos, se desvalorizan el hombre o la mujer y yo no quiero eso. Mejor me mantengo en mi casa; en ocasiones sí me pongo triste por estar sola, porque ya soy grande y, ¿cómo voy a pasar la vida y a comprar mi comida? Eso es lo que entra en mi mente. Tal vez me gustaría si hubiera un hombre que no tomara, que no fumara. ¿Pero dónde voy a encontrar uno así? Y tampoco se puede. Porque una no puede buscar al esposo sino que el hombre la tiene que buscar a una.

De todos modos a mí me da vergüenza cuando alguien habla así de relaciones sexuales. A mí no me gusta. Por eso me dio miedo aceptar al muchacho que me quería en Nuevo México. Todavía ahora, cuando llegan los amigos de mi hermano, yo no platico con ellos; sólo mis otras hermanas. Sólo si me preguntan algo les contesto, pero de ser amigos, no.

A veces, si mi mamá sale, me voy para la casa de mi cuñada para no sentirme solita y cuando viene mi mamá ya me regreso. Yo vivo con mi mamá, porque si no, estoy sola, no hay nadie viviendo conmigo, ni un familiar y me pongo triste. Por eso no quiero que mi hermano y mi cuñada se vayan a otra casa, porque así están cerca de mí.

¡Me siento bien contenta con mis sobrinos! Me pongo alegre cuando la nena de mi cuñada llega temprano a mi casa. Les aconsejo a ellos, que saluden a la gente cuando vayan en el camino, así les enseño porque yo los he cargado desde chiquitos, y a veces, los voy a traer, porque me gusta. He pensado que lo que necesito es un apoyo que esté conmigo. Eso me dio la idea de adoptar a una patoja para que me haga compañía. Pero la verdad, es que no me gustan así los niños; mis sobrinos porque tienen quien les va a dar su comida y su leche. En cambio adoptados, cuestan mucho de mantener, bastante dinero se gasta en un niño, y yo a dónde voy a ir a traer para darle su leche. Mejor estar así como estoy ahorita, sin niño me siento bien.

Mi mamá y yo nos tratamos bien, nos llevamos bien. Yo platico con mi cuñada y con mis hermanas cuando llegan a mi casa;



hablamos de cuando estaban mi papá y mi mamá, hablamos del trabajo, del campo y de cuando crecimos con mi mamá. Decimos que crecimos en el pleito, nos acordamos de eso y a veces nos ponemos a llorar juntas porque es triste. Con otras mujeres casi no me junto y tampoco hablo del problema que me pasó con las demás, porque no tengo un grupo de amigas. Sólo cuando salgo, a veces, hablo con la gente. Antes no era así mi carácter, pero ahora ya me siento contenta de platicar con la gente y les pregunto: “¿qué está haciendo?, ¿a dónde va?”. O a veces que me piden que vaya yo a hacer la comida para alguna fiesta, platico con las señoras mientras preparamos la comida.

No he tenido amigos, desde que soy niña, no me ha gustado, no sé por qué. Tal vez es que creo que si uno se confía y le cuenta sus penas a la gente, no se queda ahí sino que lo van a andar diciendo en otros lados; y el chisme a mí no me gusta.

Hay unas mujeres en la comunidad que tienen a sus maridos o sus hijos en Estados Unidos y otras que tienen a sus maridos aquí. Algunas de esas señoras se llevan bien con sus esposos, pero hay otras que no. Hay muchas peleas con ellos. También hay pleitos entre las mujeres de la comunidad, porque unas hablan mal de otras y, como están en Estados Unidos sus esposos, ya piensan mal de ellas. Las acusan de que tienen queridos o saber qué, pues están solas.

Sólo a mi cuñada Manuela le cuento mis cosas, pero tal vez sí, voy a tener otras amigas, digo yo.

El tiempo de la lluvia

Las mujeres de la comunidad participaron en una organización que les daba matas de mango y matas de café, pero ahora ya se fue esa organización. Las mujeres sólo participan en las reuniones si no están sus esposos o si les ponen una multa, como hicieron en el resarcimiento, cuando pusieron una multa al que no llegara, porque nadie iba. Ahora, se llena la reunión. La gente de la aldea participa en las religiones evangélica y católica. Mi mamá va a la celebración cada domingo, pero yo no soy de ninguna religión.

Cuando crecí, nunca pensé qué era lo que iba a hacer en mi vida, no sabía qué quería hacer; ahora pienso que quiero hacer algo, como vender, quiero trabajar. He intentado hacer algunas cosas, primero pusimos un depósito de manía y nos íbamos a vender a Nentón y a La Democracia. Lo que no me gustó es que hay gente egoísta que nos chinga y nosotros no le respondemos, porque no nos gusta pelear o insultar a los demás, si no, ¿cuándo va a haber paz, si estamos peleando siempre entre nosotros mismos?

Hay gente comerciante en Camojá y en la Democracia que echa agua debajo de donde estamos vendiendo, eso es lo que no me gusta que nos hagan, me duele el corazón. A veces no teníamos suerte de vender, estábamos ahí pero la gente no compraba; nosotros dorábamos la manía en un hornito, dos arrobas dorábamos pero no se vendía y teníamos que pagar doscientos, trescientos quetzales de pasaje al día. Por eso mejor ya no seguimos. También probamos de poner un panel para ganar un poco, pero no resultó.

Me gusta cuando es el tiempo de la lluvia, me gusta sembrar las cosechas de maíz. Es que cuesta, porque no tengo dinero, y si quiero sembrar tengo que pagar quién limpie la milpa. Y la gente quiere que le pagemos bastante por hacer ese trabajo. Por eso sólo pude sembrar un poquito de jamaica; antes sí sembraba yo un quintal, porque mis hermanos me ayudaban, así como ahora que mi hermano me dio un quintal de maíz.

El terreno en donde sembramos es nuestro, pero queda lejos, y es poquito, porque está repartido entre todos los hermanos. A cada quien le dieron una parte. A mí me tocaron como ocho cuerdas de terreno. Ese terreno lo buscó mi papá, porque a él sus hermanos no le dieron nada de los terrenos que eran de mi abuelito. Sólo ellos se los quedaron. De la casa no sé a quién le va a dar un poquito mi mamá, pero ni el terreno ni la casa tienen escritura, sólo están así de palabra.

Yo he pensado en pedir un préstamo al banco, pero me da miedo porque no sé si va a salir el dinero y mejor no lo hago; otra cosa en que he pensado es en estudiar, pero no sé si aprenderé todavía. Una vez vino a la aldea uno de esos programas para los que no saben leer y yo fui. Me costó mucho porque no tengo cabalidad y nadie me ayudaba a hacer mis tareas; solo mi hermana aprendió porque la ayudaban mis sobrinos.

Lo que más me gusta en la vida es platicar de cosas bonitas, hacer mi trabajo de tortear, de lavar, me siento contenta cuando salgo a traer leña. A veces me voy temprano y regreso en la tarde porque ya no se halla mucha leña; me hace feliz sembrar flores blancas y árboles de jocote y mango.



Vaciándose el corazón, pidiendo justicia

A mí no me gustaba participar en grupos o en reuniones, me daba miedo, porque decía: “¿qué tal si nos engañan?, ¿quiénes son los que mandan a estas personas?, ¿qué tal si por decir vuelve a pasar otra vez la guerra?”. “No quiero yo dar mi tiempo a las instituciones, ni entiendo muy bien su idioma”, pensaba yo. Ya habían llegado organizaciones para trabajar con las señoras a las que les mataron sus esposos. Cuando llegó la organización que va a hablar de lo que les pasó a las mujeres en la guerra y ahí venía Maritza, yo no quería ir. Mi hermana fue la que casi obligada me llevó, porque en su casa es que se hacían las reuniones.

Por contar mi historia con ese grupo ya me siento un poco bien, como que ya siento un vacío, como que poco a poco hay cambios. Aunque el dolor nunca se va a quitar, pero ya siento que mi corazón está bien. Hay un poco de cambio conmigo. Antes, era muy miedosa para salir, ahora mejoré un poco, salgo de vez en cuando, no como antes que me mantenía encerrada. Y ya me siento mejor con mi cuerpo, antes no me quitaba mi ropa cuando me bañaba, ahora ya me la quito si me voy a bañar. Mucho tiempo me pasé con miedo y con vergüenza, pensando lo que pasó en mi cuerpo en la guerra... pero ahora ya me siento mejor entre la gente y le pido mucho a Dios que me quite ese odio, esa enfermedad.

Todavía no quiero contar a otras mujeres lo que pasó, sólo a las de nuestro grupo. Me daría miedo hablarlo porque me puede pasar como en el resarcimiento, que di mi testimonio

y me pidieron papeles, pero siempre mandan a decir que la firma está mala, por eso yo ya no fui. Sólo mi mamá se quedó arreglándolo y después vinieron ellos aquí a mi casa; así le hicieron a mucha gente que pidió su resarcimiento, porque el resarcimiento no está claro, sólo es político.

Yo pienso que para solucionar mi caso y el de todas las mujeres que violaron en todas partes hay que ver, porque tal vez a los soldados y a los guerrilleros que hicieron eso, fueron otros los que los mandaron obligados, y ellos lo hicieron por miedo, no sé. Y saber si están vivos o muertos. Mejor la justicia tiene que ser con el gobierno, pero que no se quede en que nos pidan perdón, sino que metan a la cárcel al presidente que ordenó que se hiciera eso. Sólo así se va a lograr que ya no suceda en cada comunidad. Eso es lo que quiero yo, que ya no haya más violación como la que me pasó a mí.

Nentón, 2006

En 2005, Jesusa se encuentra con Actoras de Cambio. Decide unirse a otras 54 mujeres mayas de diferentes regiones del país, para empezar a hablar de la violación sexual sufrida durante la guerra y cambiar el destino que le había sido impuesto.

En este proceso, rompe el silencio, descarga su corazón, deja las ataduras de la culpa, de la vergüenza y del terror impreso en la piel. *Un arroyo es el camino que trajimos. Antes, había un montón de basura en este río, ahora quedó todo lo bueno, ahora ya estamos limpias como este río. La tristeza ya no la siento, pues ya la saqué. Ahora yo estoy tranquila y feliz.*

Juntas levantan la mirada. *¡La vergüenza es de ellos, no de nosotras! Cuando aclaré todos mis sentimientos, todo lo que sufrí en el tiempo de guerra, como que fue la medicina para mí. Me sentí una mujer grande.*

Acompañadas de otras mujeres, recuperan la posibilidad de sentirse dignas, seguras y cómodas con su propio cuerpo; recuperan las ganas de reír y de bailar. Más allá de sobrevivir, empiezan a vivir... *Pusimos hojas y flores al árbol.*

Y porque no quieren que le vuelva a pasar a otra mujer, ni a sus hijas, ni a sus nietas, deciden alzar la voz y recuperar la memoria de lo ocurrido a las mujeres mayas durante la guerra.

Hay que seguir hablando, hay que seguir diciendo, y seguir exigiendo nuestros derechos a la justicia, porque no es justo que nos violen, para que algún día no muy lejano ya no le hagan daño a las niñas y a las mujeres.



1. Todo este proceso colectivo de sanación, autoconciencia, y reconstrucción de la vida ha sido registrado por el libro "Tejidos que lleva el alma", Amandine Fulchiron (coord.), Angélica López y Olga Alicia Paz, F&G Editores, 2009.
2. Desde el año 2008, lo han hecho en diferentes espacios públicos. Ver en particular las memorias del Festival por la memoria de Huehuetenango, "Sobreviví, Estoy Aquí, Estoy Viva"; y de Chimaltenango, "Yo soy voz de la memoria y cuerpo de la libertad".

